

EDUCACION Y CULTURA

Editores, libreros y escritores en los pasillos de la clínica en que está Domingo Ortega

Su enfermedad, lejos de ser frecuente en un torero, parece más bien de intelectual, de escritor o poeta lírico

No nos acostumbramos bien a pensar en un torero que esté en una clínica sin imaginarnos al diestro con un brazo en cabestrillo o con algunos metros de venda liados a cualquier parte de su cuerpo. No nos acostumbramos a que el torero ingrese en una clínica sin haber toreado la misma tarde, sin haber visto antes

fotografías, vestido de luces, llevado a al enfermería en brazos de sus peones de confianza. Ni tampoco sin leer ese parte facultativo, extendido por el doctor Jiménez Guinea, en el que se menciona la profundidad de la herida que sufre el diestro, producida por asta de toro.

Ahora, ¿por primera vez en la his-

toria del toreo?, se pregunta uno, se ha dado este caso con Domingo Ortega. Porque el diestro seguía toreando festivales y nada hacía sospechar, ni muchísimo menos, que su salud sufriese quebranto alguno.

EL TORERO INTELECTUAL

Es Domingo Ortega el único torero español amigo de intelectuales, lec-

tor apasionado de Unamuno y Ortega y Gasset, Conferenciante, alicionado a las letras y a las artes, autor de algunos artículos periodísticos sobre toros y hombre de moda en los círculos teatrales de vanguardia.

El torero asistió con asiduidad a la tertulia de la «Revista de Occidente», presidida por Ortega y Gasset, su amigo, que llegaría a escribir un epílogo admirable para la conferencia que el torero de Borox pronunció en el Ateneo de Madrid sobre «El arte del toreo».

Sobre nuestra mesa tenemos presente el ejemplar, editado nada más y nada menos que por la «Revista de Occidente».

Pensando en todo esto, queremos ver en este caso de la enfermedad de Domingo Ortega como una afinidad en su conducta dentro de un marcado ambiente cultural. Es decir, que hasta en la índole de la dolencia cerebral tiene su matiz intelectual.

Si un brazo en cabestrillo, sin herida producida por asta de toro, Domingo Ortega tiene en estos días algo de escritor nacional, de poeta enfermo como un Juan Ramón joven, como un Malaparte, que después de viajes y aventuras por la China, regresa a su patria contagiado de una grave enfermedad.

Todas estas ideas andan en la cabeza del cronista, que no se acostumbra a que el paciente de la tercera planta, habitación tres, letra D, sea un torero, porque en los pasillos, merodeando cerca de su cuarto, está el librero Antonio Berdegú, el editor Ruiz Castillo, amigos íntimos del torero, con Antonio Díaz-Cañabate y Julio Camba.

EL ESTADO DEL DIESTRO ES GRAVE, PERO VA RECUPERÁNDOSE LENTAMENTE

Todas las tardes ocurre lo mismo. Los pasillos parecen, más que los pasillos de la Clínica de la Concepción, los salones de una embajada en que se celebra un coctel.

Intelectuales, diplomáticos, eminentes abogados, pintores, toreros, se acercan a la puerta y asoman la cabeza.

—Los doctores no permiten la entrada, ¿sabe usted?

Los hermanos de Ortega están allí montando guardia, día y noche.

—¿Qué me dice usted de su estado de salud?

—Que persiste la gravedad, pero que va recuperándose poco a poco.

—¿Usted cree?

—Sí; es una cosa lenta.

Alguien pregunta por la esposa del diestro.

—Está en la habitación continuamente.

Los amigos, aunque no puedan acercarse a la cama del enfermo, acuden todas las tardes a la clínica.

—¿Qué hay? ¿Cómo va Domingo?

—Vaya, un poquito mejor que ayer. Así durante quince días consecutivos.

CONVERSACION TELEFONICA CON EL DR. MARIANO ZUMEL

—Doctor, ¿pero no cree usted que está llegando a la orilla?

—Desde luego, aunque sigue pegado a la costa.

—¿Habla algo?

—Poco.

—¿Y de alimentos?

—Algo come.

—¿Le operó usted...?

—¿Cómo que si le operé? ¡Cinco cornadas!...

COLOFON

Volvemos por la noche a la Clínica de la Concepción. Al pasar por la Moncloa los caballitos del tirovivo, lejos de aparecer despintados y de producir una impresión triste, como cuando llueve, en invierno, tienen un mágico aspecto de caballitos de plata. Más allá, subiendo a la derecha, está la clínica, como un enorme trasatlántico varado.

Los mismos amigos. La misma impresión de que se ha celebrado un coctel elegante y que encontramos a los rezagados. El doctor Jiménez Díaz entra en la habitación del torero.

Días antes de su enfermedad, Domingo Ortega nos llevó en su coche hasta casa, nos estuvo hablando de su admiración por el doctor Jiménez Díaz, al que le une desde hace tiempo una buena amistad.

—Berdegú, Ruiz Castillo, Camba, Cañabate, Luis, Pablo. ¿Cómo va Domingo?

—Algo mejor.

—Hay muy buenas esperanzas.

—La cosa es lenta.

Y a todo esto, los grupos se dispersan, toman los ascensores, bajan haciendo hipótesis por las escaleras de mármol de la clínica.

—Claro.

—¿Mañana, viernes?

Nadie ha visto aún la cabeza del torero sobre la almohada.

En la Cervecería de Alvarez, en Lhardy, en el Casino de Madrid, los camareros, el dueño, el bibliotecario preguntan continuamente.

—¿Sabe usted algo de Domingo?

—Lento; pero recuperándose.

Y eso es todo.

Mario Palentiano
3 julio 1958